

⁶ José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, FCE/UNAM, 1990.

⁷ La piedra bezoar es una concentra-

ción calcúlosa que se encuentra en las vías digestivas y urinarias de algunos cuadrúpedos, a la que se le atribuyen

propiedades mágicas como antídoto y medicamento.

El espíritu religioso en la Nueva España

Jorge René González

Antonio Rubial García, *La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana*, México, UNAM, 1996, 264 pp.

Hace unos cuantos años, Antonio Rubial García publicó su obra *El convento agustino y la sociedad novohispana (1533-1630)*. Posteriormente escribió otra obra acerca de la comunidad monástica de san Agustín: *Una monarquía criolla (la provincia agustina en el siglo XVII)*. Sin duda, ambos trabajos aportaron mucha luz sobre la orden de san Agustín y la vida religiosa en la época colonial. Sin embargo, en esta ocasión, el trabajo que Rubial García nos ofrece está dedicado a la primera comunidad religiosa que llegó casi de la mano con los conquistadores españoles a tierras novohispanas: la orden de san Francisco de Asís, que, para la mayoría de los estudiosos de temas eclesiásticos, junto con la Compañía de Jesús, fue de las más importantes e influyentes entre las comunidades religiosas que se establecieron en la Nueva España. Entre otras razones, por su extraordinaria labor evangelizadora, sobre todo durante los primeros años de la conquista, y posteriormente, a mediados y finales del siglo XVII, por su constante y renovado espíritu religioso.

La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana, nos introduce en el conocimiento del espíritu religioso que alentó a san Francisco de Asís para fundar la comunidad franciscana en 1209, mismo año en que el papa Inocencio III aprobó la regla para esta orden religiosa. La predicación original de Francisco de Asís tuvo como base la pobreza. Como lo señala acertadamente Rubial García, no hay que olvidar que la aparición de la orden de los franciscanos no sólo respondió a una necesidad propia de la época, sino que de alguna manera marcó el principio de una reforma de la Iglesia contra las herejías anticlericales que atacaban, con justa razón, la corrupción y el apego a la riqueza por parte de muchos sacerdotes. Esto llevó a los religiosos de san Francisco a adaptarse al momento histórico, aunque no siempre en las mejores condiciones e incluso, algunas veces, defendiendo posiciones o principios que atentaban contra los propios votos de pobreza y humildad.

Así pues, poco a poco comenzaron a surgir serios problemas entre los franciscanos, de tal manera que para el siglo XIV, como sucedió más de una vez en este tipo de organizaciones religiosas, surgieron bandos con posiciones irreductibles. Por un lado, los frailes espirituales o zelantes que defendían la obligatoriedad

del testamento de san Francisco y la práctica de la pobreza, y rechazaban la aceptación de privilegios, apoyaron el estudio y la obligación del trabajo manual. Por el otro, los conventuales o claustrados, la minoría, que se empeñaban en buscar ciertas concesiones en la práctica de su regla, promoviendo básicamente una mayor flexibilidad en lo referente al voto de pobreza. Sin embargo, lograron imperar la cordura, la inteligencia y sobre todo los principios religiosos propuestos por el fundador de la comunidad.

Para el autor, la intensificación del comercio, el fortalecimiento de la burguesía, la caída de Bizancio, la centralización de los grandes estados bajo el poder de la realeza, así como el descubrimiento de América, fueron algunos de los factores que incidieron en los grandes cambios de los siglos XV y XVI y que de alguna manera prepararon el escenario para los dos principales movimientos de la nueva era: el Renacimiento y la Reforma. En la Península Ibérica, la Prerreforma presentó dos características muy particulares: la Reforma Cisneriana y la *Philosophia Christi*. Respecto a la primera, el principal objetivo de su promotor, el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, tras su nombramiento como vicario provincial observante de Castilla en 1494, fue reformar las órdenes tanto masculinas como femeninas; sin embar-

go la empresa que se había echado a cuestras no fue nada fácil y antes de lograr el éxito tuvo que enfrentar muchos problemas, en particular con sus hermanos los conventuales, que se sintieron seriamente afectados en sus intereses. ¿Por qué razón? Este fraile observante, con gran poder material y espiritual, deseaba quitarles rentas, propiedades y encomiendas: obligarlos a vivir en concordancia con los votos de pobreza que habían hecho en el momento mismo de su profesión.

Pero la Reforma Cisneriana no sólo abarcó lo referente a la vida mundana de los religiosos; se mostró igualmente interesada en desarrollar la preparación de los clérigos para que pudieran cumplir mejor con su tarea religiosa. La fundación de la Universidad Complutense fue pensada y concebida con la intención de crear una institución de enseñanza eclesiástica elemental, media y superior. Con su creación se buscó también elevar la calidad del clero, que era uno de los más fuertes escollos con que se enfrentaban las autoridades de la orden de San Francisco y la Iglesia en general, para llevar a cabo cualquier proyecto de reforma.

En cuanto al proceso evangelizador que los franciscanos desarrollaron en el Nuevo Continente, el cardenal Cisneros tuvo una incidencia muy importante. Él recibió las primeras noticias sobre la situación de los nativos americanos y aunque en principio fue poco lo que logró para remediar su situación, en 1516 sucedieron dos hechos que posibilitaron su intervención. En primer lugar, su elevación a la regencia del reino y, en segundo, su relación con el gran defensor de los indios, Bartolomé de las Casas. “Una vez escuchadas las quejas de las Casas, el cardenal nombró una junta de carácter consultivo para discutir el asunto. En dicha reunión

se vieron claramente las cuatro tendencias existentes sobre el problema: la esclavista, la imperialista, la paternalista y la humanista radical”, expone Rubial García. En este sentido, Cisneros tomó partido por el bando que defendía que el indio debía ser tratado con una actitud paternalista, es decir, admitía la posibilidad del perfeccionamiento cultural de los naturales, si bien pensaba que esto sólo se podría lograr bajo la supervisión de funcionarios del mismo pueblo colonizado. Las Casas, por su parte, se inclinó por la tendencia humanista radical, pensando en el indígena como un “buen salvaje”; asimismo, defendía su igualdad sustancial con los otros hombres e incluso su superioridad moral.

En cuanto a la *Philosophia Christi*, ésta tuvo como principio el sentido de responsabilidad ante el hundimiento que amenazaba la cultura occidental. El centro de este pensamiento eran Jesús y su doctrina, pero ya no aquella deformada por la teología medieval sino la que se mostraba en las Sagradas Escrituras, en los Evangelios y en las Epístolas. Su meta era buscar lo original, lo puro y regresar al cristianismo primitivo sin el formulismo ni las definiciones de tipo dogmático. Para ello proponía el estudio de los Libros Sagrados en sus textos originales, con la ayuda de los de san Pablo y de los primeros Padres de la Iglesia. Esta forma de ver el mundo tuvo varios promotores y aunque el ilustre Erasmo de Rotterdam no fue el único en impulsarla, sí fue uno de sus más insignes seguidores. El autor nos dice que:

el espíritu en Asís en el siglo XIII y el pensamiento de Rotterdam se habían reunido en España y habían sido vividos en ella intensamente. Los frailes menores españoles que llegaron a Améri-

ca a principios del siglo XVI asimilaron en su patria ambas vicencias: el franciscanismo les daba su razón de ser y su móvil para llevar a cabo la labor misional; el erasmismo les proporcionaba la filosofía que daba expresión a sus elevados ideales.

Otro aspecto que Rubial García desarrolla con especial cuidado y de manera muy interesante es el relacionado con la llegada de los primeros franciscanos a tierras novohispanas. Más allá de la tradicional descripción que constantemente se hace de los famosos doce primeros frailes, el autor nos acerca a otro asunto poco abordado, como, por ejemplo, los mecanismos que la comunidad franciscana y la propia corona implementaron para controlar el paso de los religiosos a las Indias. Así, todo religioso que deseaba pasar al Nuevo Mundo, previamente tuvo que contar con las “letras aprobatorias de su persona y de ser justa la causa porque quiere pasar y pasa a las dichas Indias”, de su superior. En caso de no tener dicho documento, su traslado era prácticamente imposible. Posteriormente, estas cartas debían ser mostradas al arzobispo de Sevilla y se instruía a las audiencias americanas para que en caso de que algún religioso diese muestras de mala conducta, provocara escándalo, no gozara de buena reputación, etcétera, se le remitiera inmediatamente a España. Ahora bien, estas restricciones no sólo fueron aplicadas para el caso de los frailes franciscanos de origen peninsular. También se pusieron en práctica con los franciscanos extranjeros, como fue el caso de los religiosos reclutados en las provincias establecidas en los Países Bajos o la Aquitania, en el sur de Francia.

Un punto que con cierta frecuencia ha pasado inadvertido por algu-

nos estudiosos, y que Rubial rescata, es la procedencia de los frailes que pasaron a la Nueva España durante los primeros años posteriores a la conquista. En efecto, a través de las pesquisas de *La hermana pobre* se tiene la posibilidad de conocer con exactitud dicha procedencia y, por lo tanto, conocer y entender los principios que los religiosos aplicarían después en su tarea evangelizadora.

El anhelo de regresar al cristianismo original que se dio entre los frailes menores de Nueva España tuvo como característica particular una amplia variedad de formas. Algunas de ellas fueron expresión propia del bagaje cultural que traían desde España, otras se dieron a raíz de la puesta en práctica de sus ideales bajo las circunstancias propias de los gentiles y criollos novohispanos. Sin duda, el imitar a Jesús en todas sus expresiones fue la máxima ilusión de esos primeros franciscanos. La pobreza, el espíritu misio-

nero y el mismo martirio fueron los ejes espirituales que los alentaron.

Durante la primera mitad del siglo XVI, nos dice Rubial García, fue muy común encontrar a los franciscanos en los mercados de los indios pidiendo tortillas, chiles, capulines y tunas para sobrevivir. Las reglas de la orden eran muy claras: por ningún motivo podían portar dinero ni llevar comida para el camino. Pero la pobreza se reflejó también en las construcciones:

los edificios que se edifican para morada de los frailes sean paupérrimos y conformes a la voluntad de nuestro padre san Francisco, de suerte que los conventos de tal manera se tracen que no tengan más de seis celdas en el dormitorio.

Otro aspecto que el autor resalta de manera especial es la postura que los frailes franciscanos asumie-

ron en cuanto al cobro del diezmo entre los indígenas. Ciertamente, durante estos primeros cincuenta años del siglo XVI, por lo menos, los frailes de san Francisco de Asís no se preocuparon mayormente por recibir este dinero. Ellos siempre buscaron la manera de sostenerse sólo por medio de las limosnas, ya que el rey, por su parte, se encargó de proporcionarles pasajes, cálices, campanas y ornamentos para el culto.

En suma, el desprecio a la riqueza por parte de los religiosos misioneros de Nueva España, en particular en el caso de los menores, fue un factor de gran importancia para lograr no sólo la evangelización, sino también para establecer una comunión entre los naturales y los religiosos. Predicar el cristianismo con el ejemplo fue una de sus grandes virtudes. El saberse los indígenas tan pobres y desprotegidos como los mismos franciscanos, quizá fue un factor de identificación con ellos.

Un periodo clave para el zapatismo y la revolución

Salvador Rueda

Francisco Pineda Gómez, *La irrupción zapatista, 1911*, México, Era, 1997, 245 pp.

Como todo hecho fundacional, la historia del zapatismo ha sido referida en múltiples formas. En su vasto ejercicio narrativo desfilan las descripciones de sucesos reales e imaginarios. Tampoco le son extraños el mito y la leyenda. Pero no han sido el olvido ni la mistificación, sino la inclinación al juicio concluyente lo que ha anulado el cabal enten-

dimiento de su fondo histórico. La desmesura y la serenidad en las interpretaciones son los atributos paralelos que han dado perfil, a lo largo de ochenta años, a una rebelión campesina que quebrantó en su raíz el sueño del progreso y cuyo recuerdo ha debido ajustarse a nuestras cambiantes ideas del mundo. Conciliar aquella realidad con las necesidades de nuestra generación es el propósito de este libro de Francisco Pineda.

Muchas son las cualidades de este escrito. No es menor la que refle-

ja la perspectiva personal de un autor que no se entrampó en los libros "clásicos" de la historiografía del zapatismo, ni en las tentaciones de la reiteración. A diferencia de los que lo precedieron, el texto de Francisco Pineda no apela a la sobrevaloración de algunos rasgos biográficos de los caudillos para explicar que la voluntad es uno de los motores de la historia. Tampoco repite esquemas de análisis político y social, que en la última década se estereotiparon de tal modo que se ahuyentó a los lectores. No las fra-